

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

EL ELEFANTE EN LA CIENCIA,
LA MITOLOGÍA, LA TRADICION
Y LA HISTORIA

DISCURSO

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. DUQUE DE MEDINACELI

LEÍDO EN LA SOLEMNE SESIÓN INAUGURAL
EL DÍA 5 DE NOVIEMBRE DE 1941



MADRID
C. BERMEJO, IMPRESOR
Fernando VI, 13. — Teléfono 31199

1941

SEÑOR MINISTRO, SEÑORES ACADÉMICOS, SEÑORAS
Y SEÑORES:

Es para mí un gran honor dirigirme a vosotros en tan solemne ocasión, y sólo temo fatigaros con exceso, por lo cual voy, en primer lugar, a solicitar vuestra benevolencia, que de antemano agradezco.

El tema a desarrollar va a ser el siguiente: "El elefante en la Ciencia, la Mitología, la Tradición y la Historia".

Prescindiré en este trabajo de aquellos elefantes desde hace largos siglos desaparecidos de la superficie de nuestro planeta, como el mamut, el mastodonte y el dinoterio, para concretarme al actual, que conocí en su ambiente durante mis cacerías en el Africa ecuatorial y mis viajes por la India y Birmania, hace ya bastantes años.

Es el mayor de todos los animales terrestres y pertenece al orden de los paquidermos, familia de los proboscídeos.

No haré su descripción, por ser de todos conocido. ¿Quién no ha visto un elefante en un Parque Zoológico, trabajando en un circo, disecado en un Museo de Historia Natural o siquiera gráficamente representado en fotografías y dibujos?

Buffon, el célebre escritor y naturalista francés del siglo XVIII, considera a este animal como uno de los más inteligentes de la creación, dando a entender con ello que es de los que tienen el instinto más desarrollado.

En estado salvaje dista mucho de ser tan belicoso y terrible como su formidable apariencia podría hacer suponer. Salvo en el caso de verse herido o acosado, no abusa en modo alguno de su fuerza.

De costumbres muy sociables, se le ve generalmente en manadas más o menos numerosas, y únicamente los machos grandes o viejos viven aislados, con la sola excepción de la época del celo.

Muestra especial predilección por los sitios húmedos, las orillas de los ríos y lagos, así como los bosques sombríos y espesos.

Se alimenta de raíces, hojas y brotes de los árboles, lo que no obsta para que también cause grandes destrozos en las cosechas y plantaciones de los indígenas, que emplean todos los medios que están a su alcance para ahuyentarlo.

Su crecimiento es muy lento y muy grande su longevidad. No está enteramente formado hasta los ocho años, y el hecho de que en la India se ha dado el caso

de individuos que han llegado a vivir en cautividad ciento treinta años, nos induce a suponer que, lo mismo en Asia que en Africa, logren alcanzar los ciento cincuenta en el estado salvaje.

Hay dos especies bien definidas de elefantes: el de la India (*Elephas indicus*) y el de Africa (*Elephas africanus*). El segundo tiene los ojos mayores que su pariente de Asia, y mientras que las orejas de éste presentan un tamaño normal, o sea proporcionado a su corpulencia, las de su congénere africano son tan grandes y llaman tanto la atención, que constituyen la diferencia esencial que separa las dos especies.

También la frente del de la India es de forma más convexa que la del africano, cuyos colmillos, mucho más desarrollados, son siempre visibles, lo que no ocurre al primero, en el que muchas veces no son visibles desde el exterior, careciendo algunos individuos en absoluto de ellos.

Por esta razón, casi todos los objetos de arte esculpidos en marfil proceden de los del continente negro, y muchos son, por tanto, los cazadores que, por lucro, se han dedicado a perseguirle, ocasionando con ello su total desaparición de algunas regiones de Africa.

Las medidas tomadas por los Gobiernos de potencias colonizadoras o protectoras han tenido, por fortuna, la suficiente eficacia para conseguir que en muchos territorios aún existan grandes manadas de estos gigantes proboscídeos.

Pasemos ahora a hablar de su caza, y para ello reproduciré casi textualmente lo que digo en mi obra *Notas sobre la cacería en el Africa oriental inglesa*, publicada en 1919.

Aunque se refiere al de Africa, puede muy bien aplicarse al de la India, por la gran analogía que existe entre ambos.

La caza del elefante, siempre arriesgada, lo es menos cuando el cazador se encuentra en presencia de individuos aislados, generalmente machos grandes, de los llamados solitarios, pues si procura marchar con el viento en la cara, para evitar el ser olfateado por la presa que codicia, podrá, con relativa facilidad, aproximarse a ella todo lo que quiera, disparar con toda calma, apuntándole a la sien, cosa no difícil a corta distancia, y el animal caerá como herido por el rayo.

La cuestión cambia totalmente de aspecto cuando los ejemplares grandes, que busca el cazador, están situados en medio de una manada de hembras, crías y machos jóvenes, cosa harto frecuente. En este caso, el tirador tiene que sortear como pueda, sin ser visto ni olfateado, toda esa colección de monstruos, lo que ya de por sí no deja de ofrecer dificultades.

Poniéndonos en lo mejor, vamos a suponer que se coloca a distancia conveniente del elefante que quiere matar y dispara. Entonces es cuando se presenta el peligro. Al ruido de la detonación salen alocados los demás individuos de la manada por todas partes y en todas di-

recciones, y hasta parece como si surgieran otros nuevos del suelo; y si a esto se añade que el hecho ocurre en sitios cubiertos de maleza, donde no se les ve venir, se comprenderá que la situación del pobre cazador dista mucho de ser halagüeña.

Rodeado por todas partes de estos gigantes dominados por el pánico, que todo lo arrollan, será milagroso que no se vea atropellado.

Grande es la lista de los accidentes mortales acaecidos de este modo, por lo cual se considera la caza del elefante en estas condiciones como una de las más peligrosas.

Para el tiro de la sien, que, como hemos dicho, es fulminante, puede emplearse cualquier rifle, de grande o pequeño calibre (mejor el segundo, que suele ser más preciso), con tal de que la bala sea enteramente blindada, pues las dum-dum no sirven; dado que el elefante, como el rinoceronte, el hipopótamo y la jirafa figuran entre los animales calificados por los cazadores como de piel gruesa. Ahora bien: si el tirador no se cree lo bastante hábil para estar seguro de acertar en tan pequeño punto vital y prefiere apuntar a sitio que le ofrezca mayor blanco, el brazuelo, por ejemplo, el empleo de un arma de mayor calibre está más indicado, pues al ser más fuerte el choque del proyectil, será más fácil cobrarlo pronto. No hay que olvidar que tiene gran vitalidad y que herido es siempre peligroso. Los cazadores profesionales siempre tiran a la sien, y aun muchas veces

no persiguen sino a los individuos solitarios, con lo cual se ven muy disminuídos los riesgos de esta caza. Suelen ser buenos tiradores y además disparan a muy corta distancia.

Se emplean estos animales, una vez domesticados y domados, para muchos fines, tales como el transporte, la tracción y la caza, y aunque algunos crían en cautiverio, es muchas veces necesario capturar elefantes salvajes para reponer bajas.

Describir detalladamente cómo se lleva esto a efecto sería interminable. Trataré, pues, de hacerlo lo más someramente posible.

He aquí en grandes rasgos cómo se practica. En la provincia de Bengala (India inglesa) se suele construir un recinto con troncos de árboles clavados verticalmente en el suelo, bien amarrados entre sí, dejando una entrada libre. A esto se le llama allí *keddah*, y en la Isla de Ceilán, *korrahl*, palabra de origen portugués y, por lo tanto, ibérico. Un segundo recinto, que parte del primero, en el que se procura exista un arroyo, comunica con un tercero, terminado por una entrada lo suficientemente ancha para que quepa un elefante de frente, pero que al mismo tiempo no le permita revolverse.

Con un sistema de ojeos y la ayuda de elefantes mansos, adiestrados al efecto, que hacen como de cimbel y a la vez desempeñan el papel de cabestros con los toros bravos o bravucones, se logra encerrar a los silvestres

en estos recintos, tras muchas complicadas faenas que sería prolijo enumerar.

Después de dar brevemente una ligera idea de lo que es el elefante en su aspecto científico y de hablar de su caza y captura, he creído interesante entreteneros sobre el papel que en la Teogonía oriental, y muy especialmente en la índica, desempeña.

Desde tiempo inmemorial ha sido este paquidermo para los indios brahmanes o budistas (estos últimos más extendidos en la Península de Indochina) objeto de un culto tradicional, culto que se manifiesta lo mismo en la poesía que en la arquitectura, escultura y pintura, o sea en todas las Bellas Artes de aquel país.

Su nombre se encuentra, por decirlo así, asociado en las epopeyas, novelas, leyendas y crónicas a los de los reyes y héroes de aquellas regiones.

Es el mejor ornato de las fiestas, paradas y desfiles, sirviendo de montura a soberanos, princesas y personajes del más destacado relieve.

Las mismas inspiraciones han guiado al genio de los artistas, y unas veces vemos a los elefantes tallados en forma de cariátides a la puerta de los templos y otras en esculturas, bajorrelieves y pinturas en los muros de las pagodas, castillos y mausoleos.

Entre los templos que yo vi en mi viaje destacaba por su magnificencia el de Kailasa, situado a unas cuantas horas de Bombay. Sólo su visita merecería un viaje a la India.

A la entrada se ven dos ídolos, a derecha e izquierda de la puerta. El primero representa al dios elefante Ganesh o Ganessa, del que luego hablaremos, y el segundo, a Siva, el dios destructor.

Fuera del edificio hay, a ambos lados, dos elefantes de piedra, mayores que de tamaño natural, y todo el conjunto del referido templo está sostenido por cariátides representando a estos proboscídeos. Es una verdadera maravilla del más puro estilo brahamánico.

En las ceremonias religiosas figuran, ricamente adornado, como portadores muchas veces de las estatuas de los ídolos.

Según la religión de la India, el mundo está sostenido por ocho elefantes que miran cada uno en dirección distinta, es decir, a los cuatro puntos cardinales y sus cuatro intermedios. Con esta fantástica ficción se quiere dar idea de la estabilidad de la Tierra y del poder que atribuyen al noble animal que soporta su peso.

Pero la mayor prueba de la estima que de todo tiempo sienten por él los indios, es el hecho de haberlo elevado a la categoría de dios, con el nombre de Ganesh o Ganessa, y con vuestro permiso he de contaros su leyenda.

Entre los dioses de la religión brahamánica figuran tres en lugar preferente: Brahama, Siva y Vishnú, que forman una trinidad o *trimurti* en lengua indostánica.

Parvati, esposa de Siva, personificación de su poder y vencedora de los demonios, o sea los espíritus del mal,

dió nacimiento a Ganesh o Ganessa, uno de los dioses más populares entre los indios.

La diosa le encargó de la custodia de su morada; pero he aquí que un día Ganessa, llevado sin duda de un exceso de celo, se atrevió a interceptar el paso nada menos que al dios Siva, su progenitor, que, presa de indignación, le mandó decapitar. Poco tiempo después, y pasado el primer momento de cólera, se mostró indulgente y ordenó que se le trajera la cabeza del primer animal que surgiera. Habiendo pasado un elefante, aplicó su cabeza, previamente cortada, sobre los hombros de Ganessa resucitado, lo que le valió en adelante el epíteto de Gajanana, que significa "cara de elefante". Se le representa bajo la forma de un hombre ventrudo (símbolo de su glotonería), con cuatro brazos y llevando en sus manos un aguijón de los que usa el *cornak* o guía de elefantes para conducirlos, un collar en forma de rosario y un cacharro redondo para las limosnas. Se le ve sentado sobre una rata, forma burlona bajo la cual se presenta a un espíritu del mal vencido por él en otros tiempos.

También se observa que a este ídolo le falta un colmillo. Según la leyenda, Ganessa se lo arrancó en un momento de entusiasmo para escribir el *Mahabarata*, la célebre epopeya india, bajo el dictado del sabio poeta Vyassa, a quien se le atribuye.

A pesar de su figura grotesca, los indios consideran a Ganessa como el patrón de las letras, por participar en

sus rasgos del hombre y del elefante, los dos seres más inteligentes de la creación.

Se presentan entre los que viven en estado salvaje bastantes casos de albinismo. Estos ejemplares blancos son objeto de un culto especial por parte de los indígenas de Birmania, pues se les considera no solamente como portadores de la buena suerte para sus propietarios, sino también como animales sagrados.

Los birmanos, que creen en la metempsícosis, o sea la transmigración de las almas después de la muerte, atribuyen su blancura al hecho de encerrar en su seno las almas puras de los privilegiados y que por su virtud merecen todos los respetos y homenajes.

El rey de Siam, como otros soberanos de la India Transgangética, ostenta, entre otros títulos, el de Señor del Elefante Blanco.

Al elefante blanco se le venera con toda la magnificencia asiática. Los personajes más importantes se ocupan de que nada le falte; sus arreos, constelados de perlas y otras pedrerías, brillan al sol en los actos solemnes, y jamás se le ve en público sin que vaya precedido por una banda escogida de música y escoltado por una guardia de honor. Luce en sus colmillos unos anillos con campanillas de oro. Una cadena de mallas del mismo metal, finamente tejida, cubre su cabeza, y sobre el lomo y encima de una gualdrapa ricamente bordada va un cojín de terciopelo. Marcha bajo espléndido y espacioso palio y le preceden unos servidores, portadores de parasoles. Alo-

jado en lujoso aposento, se le sirve su cotidiano yantar en vajilla de oro.

Los elefantes blancos llevan todos el título de reyes, y como a tales se les tributan honores. Cada uno de ellos tiene un nombre o apodo, alusivo generalmente a su belleza, tamaño u otras características que le distinguen. En Siam una de las más preciadas condecoraciones es la Gran Cruz del Elefante Blanco, que lleva banda y una placa en la que figura éste en esmalte.

Todo lo que os estoy refiriendo parece algo así como un cuento de hadas; pero puedo aseguraros que es rigurosamente exacto o, por lo menos, lo era cuando, hace ya más de treinta años, llevé a cabo un viaje por Birmania y visité las ciudades de Mandalay, Prome y otras.

Para dar idea de la importancia que se concedió siempre en la India Transgángética a la posesión de uno de estos ejemplares albinos, basta leer su historia, y se verá que llegó a ser motivo de guerras encarnizadas entre los príncipes y monarcas de aquellos países.

En la antigua Roma, y en tiempo del primer emperador Augusto, fué llevado allí uno de ellos, y el célebre poeta latino Horacio lo menciona en sus versos:

“Sive elephas albus vulgi converterat ora.”

Otro trajeron los holandeses a Europa en 1633, y en 1926 había uno en el Jardín Zoológico de Londres.

Desde los tiempos más antiguos ha sido utilizado el

elefante para la guerra, la caza, el transporte y otros fines utilitarios, y por esto he juzgado oportuno hacer de ello un breve historial.

Se creyó al principio que el de la India era más fácil de domar que el africano, y parece evidente, por las descripciones que de ellos hace Aristóteles, que los primeros que pisaron Europa, después de las conquistas de Alejandro Magno en Asia, fueran de aquella procedencia. Sin embargo, las monedas que se conservan del gran caudillo macedónico y de los monarcas asiáticos de la dinastía de los Seleúcidas representan indistintamente las dos especies.

En cuanto a los que utilizaron los cartagineses, parece probable procedieran del Norte de Africa, donde abundaban, según las crónicas de la época.

Fué el elefante en los pueblos orientales, y muy especialmente en la India, uno de los elementos bélicos más importantes. Enjaezados, aparejados y convenientemente defendidos, por lo menos en parte, por armaduras férricas, llevaban estos animales sobre el lomo una plataforma, ocupada por guerreros armados de flechas, jabalinas y lanzas, dominando de este modo las masas enemigas, en cuyas filas sembraban el pánico los gigantescos paquidermos.

El que lo conducía y dirigía sus movimientos iba montado sobre la nuca del animal y se valía de un instrumento de hierro, igual al que en la actualidad se designa en la India con el nombre de *hawkus* y en Ceilán con el de

hendoo, a juzgar por una moneda de Numidia, que he tenido en mis manos, del tiempo del emperador romano Caracalla, lo que prueba que en este particular nada se ha adelantado al cabo de tantos siglos. Los griegos llamaban a este utensilio *arpe*, vocablo que parece tener la misma raíz que nuestro “arpón”, al que indudablemente se asemeja, y los romanos le denominan *cuspis*, o sea “cúspide”, como para indicar el sitio elevado donde iba colocado el que lo manejaba.

Eran los elefantes de guerra entonces algo así como unos modernos tanques o carros de asalto de carne y hueso, y su eficacia era grande, dada la forma de pelear de aquellos tiempos. Podía, pues, calificárseles de verdaderas torres ambulantes, por lo cual no es extraño que en los juegos de ajedrez que se compran en Oriente veamos representadas estas figuras por elefantes equipados en guerra, pues no era otra su significación. En la Biblia la única mención que se hace del elefante como instrumento de guerra, es en el Libro de los Macabeos, cuando se habla de la invasión de Egipto por Antíoco, rey de Siria, el año 170 a. de J. C., en la que al parecer tomaron parte gran número de estos animales.

En el siglo IV a. de J. C., Sandrakottos, también llamado Chandrakupta, monarca que extendió sus dominios por una gran parte de la India, regaló a Seleuco Nicator, rey de Siria y primero de la dinastía de los Seleúcidas, quinientos elefantes cuando se casó con su hija. La cifra parece enorme a primera vista; pero si se tiene

en cuenta que, según varios autores, aquel rey mantenía nueve mil de estos animales, la cosa, sin duda, resulta menos inverosímil.

Antipater, regente de Macedonia y tutor de los hijos de Alejandro Magno, fué el primero que, cuatro años después de la muerte de éste, trajo estos paquidermos a Europa. Serían unos setenta aproximadamente y perecieron de hambre durante el sitio de Pydna.

Pirro, rey de Epiro (316 a 272 a. de J. C.), causó el asombro de sus adversarios cuando se presentó ante la ciudad de Tarento con numerosos elefantes, animales entonces completamente desconocidos en Italia.

Cuéntase que en la batalla que en Asculum libró este monarca a los romanos, un centurión de la cuarta Legión, dando muestras de valor, se atrevió a enfrentarse con uno de ellos, hiriéndole gravemente y obligándole a retroceder.

Curio Dentato, vencedor del rey Pirro en la batalla de Benevento, obtuvo los honores del triunfo e hizo figurar en su apoteósico cortejo a los que arrebató al enemigo.

Aníbal, el famoso caudillo cartaginés, después de brillantes hechos de armas en nuestra Península y de recorrer una gran parte de ella, atravesó con sus elefantes de guerra africanos los Pirineos y la parte sudeste de Francia, pasó los Alpes y venció sucesivamente a los romanos en las batallas de la Trebia, el Tessino, Lago Trasimeno y Cannas, después de la cual se retiró a descansar a las delicias de Capua.

Los romanos los emplearon no sólo para la guerra, sino en los cortejos triunfales, desfiles y ceremonias para darles un mayor boato.

Así, por ejemplo, la estatua de Augusto fué llevada, con gran pompa, en una carroza tirada por elefantes.

Después de la caída del Imperio romano su uso fué decayendo rápidamente.

Durante la Edad Media, el califa Harum el Raschid regaló uno al emperador Carlo Magno. Se desembarcó este animal en Pisa, en el año 801 de nuestra era, y después de mil vicisitudes llegó a Alemania, donde fué objeto de admiración y excitó la curiosidad general, por no haber visto aquellas generaciones nada parecido.

Federico II, emperador de Alemania, trajo a Italia un elefante a su vuelta de Tierra Santa, en 1229. Era el segundo que se veía allí desde la caída del Imperio romano.

Pocos años después, San Luis, rey de Francia, a su regreso de Siria, regaló otro al monarca inglés Enrique III.

Según consta en la correspondencia de Justo Lipssio (1547 a 1606), erudito notable del siglo XVI, Felipe II, rey de España, envió en 1562 un ejemplar a Alemania, que causó allí la admiración pública.

Como se ve, en la Edad Media, así como en la Moderna, el empleo del elefante fué casi nulo en Europa. En Asia siguió usándose como antes.

Mas-Udi, escritor árabe nacido en Bagdad a fines

del siglo ix o principios del x de nuestra era, y muerto en El Viejo Cairo, en 986, viajó por la India en su juventud, visitó el Golfo de Cambaya, la costa de Malabar y la isla de Ceilán, suministrándonos en un manuscrito titulado *Los prados dorados*, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, unos datos curiosísimos sobre el modo que tenían los árabes de equipar a estos proboscídeos para la guerra en los siglos ix y x. Tienen estas informaciones toda la garantía de veracidad por proceder de un testigo presencial. Yo, como es natural, no he leído el referido manuscrito, pero sí he hojeado una obra del eminente orientalista francés Reinaud, muerto en París en 1867, titulada *Memoria sobre la India, con anterioridad al siglo XI, según los escritores árabes, persas y chinos*.

Al hablar del manuscrito ya citado, dice lo siguiente: “El príncipe de Mensura, cuyos dominios se extendían al sur del Indus, mantenía ochenta elefantes adiestrados para la guerra. Cada uno de ellos llevaba sujeta a la trompa una cimitarra, especie de sable curvo y afilado, con la cual, al moverla y convenientemente enseñado a ello, causaba los mayores daños entre las filas de los infantes enemigos en los combates.” Esto representa un progreso o, mejor dicho, una innovación con respecto a los jefes de la antigüedad, como el rey Pirro, Aníbal, etc., y por eso me ha parecido oportuno hacer mención de ello, aun a riesgo de parecer pesado e insistente.

El famoso rey de Persia Nadir Shah (1688-1747), a

su vuelta de una expedición victoriosa por la India en el año 1739, de donde regresó cargado de rico botín, envió valiosos presentes a los príncipes vecinos suyos, y es fama que la corte de Constantinopla recibió de él doce o quince elefantes, cargados de un trono de oro macizo, vajillas valiosísimas, chales de Cachemira y otros preciosos tejidos de aquel país.

Sesenta fueron los que pasaron a poder de los franceses en 1749 en una batalla que ganaron al Anaberdikan, Nabab de Arcate.

Víctor Jacquemont, célebre viajero y naturalista francés (1801-1832), nos dice en su obra *Viaje a la India* que cuando en 1831, en una de sus expediciones, se encontró en la región de Bengala a lord Guillermo Benthin (1774-1839), entonces gobernador general de la India, sus bagajes eran transportados por mil trescientos camellos, ochocientos carros y trescientos elefantes.

En la actualidad, en la India, grandes son las sumas que los rajás y maharajás gastan en exornar con todo el lujo propio de los orientales a los que emplean en desfiles y otras pomposas ceremonias. Bajo este aspecto me han llamado la atención unas fotografías que he tenido ocasión de contemplar de un elefante perteneciente al maharajá de Patiala. Sirven estos proboscídeos en aquellas regiones de montura a los cazadores en las batidas de tigres, osos, búfalos y ciervos que tienen lugar en la

jungle o selva india, pues, dada la altura de la vegetación, sólo así pueden disparar dominando el terreno.

Y con esto termino, dando a todos las gracias por la atención que me han prestado y sólo temeroso de haberos fatigado con exceso.

He dicho.